

Alonso Román

Chicas eléctricas



Alonso Román
Chicas eléctricas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso previo y por escrito del autor.

© Alonso Román 2015

Primera edición 2015

Segunda edición 2016

Fotografía de la cubierta: Alonso Román

Para Sara "Cebollita"

Todo es más sencillo
Leño

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

EPÍLOGO

PRIMERA PARTE

1

Una clara noche de primavera, en una habitación algo desordenada, con ropa tirada por el suelo y plagada de pósters de Playboy pegados en las paredes, y no por la parte de los artículos, precisamente, un chico de unos veinte años más o menos - qué sé yo, algo así tendría - estaba tumbado en la cama hojeando una revista que a la sazón venía a ser la misma que la de los pósters.

- ¡Madre de Dios Santísimo! ¡Qué pedazo de tías! ¡Quién pillara a una de éstas! – Se decía a sí mismo, porque en la habitación, que yo sepa, no había nadie más.

Para el caso diremos también que el chico se llamaba Óscar y que, como se puede suponer, andaba algo necesitado.

- Jo, es que ya va tocando. Es que daría lo que fuera por tener una mujer – tampoco se lo decía a nadie. Yo creo que ya empezaba a delirar por la calentura.

Si es que el pobre tenía razón, que hacía ya dos años que había cortado con la que fue su novia, Eva, y desde entonces no se había comido un rosco, lo que se dice nada de nada. Fueron dos años llenos de manuelas, manuelas intensas y bien disfrutadas, eso sí, pero manuelas al fin y al cabo.

- Bueno, tan intensas no fueron todas, que hubo también lo que se conoce comúnmente como manuela zote, éstas motivadas por la desidia y el desasosiego.

Y la cosa es que Óscar no era feo, ni mucho menos, cuando entornaba un poco los ojos tenía un aire de soñador que le hacía bastante atractivo, así es como enamoró a Eva. Al principio, cuando se encontraban, iba el tío con los ojos medio cerrados, conoedor de su atractivo. Podría parecer un gesto un tanto bobalicón, pero mira, funcionó. Y ahora, por una circunstancia o por otra, ahí estaba él, a dos velas.

Y así de esta guisa cerró la revista, la tiró al suelo, apagó la luz y se metió en la cama mordiendo la esquina de la sábana, que es como le gustaba dormirse a nuestro amigo Óscar, que digo yo que ya podemos llamarlo amigo.

Cuando estaba entrando ya en el trance del sueño, ese momento en el que se empiezan a mezclar la realidad y el delirio, alguien llamó con los nudillos a la puerta de su habitación. "Toc toc toc".

- ¿Síiiiiii? ¿Quién es? ¿Mama, eres tú?
- ¡Hey, Óscar! Pssssss, pssssss.
- ¡Eh! ¡Quién es!
- Oye, ¿estás haciendo algo ahí que valga la pena? ¿No? Pues déjame entrar.

¡Hostia! ¿Quién podía ser? Una voz masculina que no era ni la de su padre ni la de su hermano, que estaban durmiendo en sus respectivas habitaciones, le hablaba desde detrás de la puerta. Óscar se tapó la cabeza con la sábana.

- ¡Maaaaaaaaaaaaama, maaaaaaaaaaaaama! – Gritó.
- ¡Cállate ya, chiquillo, que vas a despertar a toda la casa! – Le dijo la voz que seguía detrás de la puerta.
- ¡Aaaaaaaaaaaah! ¡Un fantasma, un fantasma, soooooooooorro!
- ¡Joder, qué tío más pesado! ¡Qué fantasma ni que ocho cuartos! Que no soy un fantasma, que soy un genio, un genio de esos típicos. Venga hombre, déjame entrar, que te quiero ayudar en lo que tanto de-seas.

- ¡No, no entres, que me da el yuyu!
- Pero que soy normal, alma de cántaro, que no soy un monstruo ni nada de eso, que hasta soy atractivo y todo.

El genio entreabrió un poco la puerta.

- ¿Permiso? – Preguntó con una sonrisa y asomando media cabeza.

Sin esperar confirmación entró en el cuarto y se sentó en una silla al lado de la cama. Entretanto Óscar seguía debajo de la sábana.

- Venga, Óscar, anda, quítate la sábana de la cabeza y escúchame.

Óscar se descubrió entonces la cabeza muy despacio y a su lado vio a un tío como sacado de los cuentos de Aladino y la lámpara maravillosa. Era el típico genio que cualquier niño se podía imaginar, el pelo rapado al cero salvo una coetilla en el cogote, el pecho descubierto y como una faldilla en la cintura que apenas le tapaba la picha. Joder, es que no podía ser más típico.

- Hombre, normal normal no es que seas mucho – dijo Óscar -, ¿tú te has mirado en el espejo?

- Es que yo vengo de otra época.

En ese momento llamó alguien con los nudillos a la puerta de la habitación.

- Óscar, ¿estás bien? – Era su madre – Es que he oído como gritos.

- Sí, mama – contestó Óscar -. Estaba hablando en sueños.

- Ah, vale, entonces nada, sigue durmiendo.

La madre volvió a su habitación. Óscar no estaba seguro si había hecho bien al no delatar al genio.

- Porque seguro que esto es un sueño, ¿no? Esto no puede ser verdad – dijo Óscar más flojito.

- Este Óscar es un caso difícil como él solo. Que no es un sueño, tío. Mira, ven que te pellizco.

- ¡Aaaaaaay, cabronazo! ¡Qué daño! ¡Qué bruto eres!
- ¡Huy, perdón! Era para que te convencieras de que no soy un sueño. Pero escúchame ya de una vez, tío, que no estoy yo aquí para perder el tiempo, que tengo mucho que hacer.
- Venga, va, te escucho.
- Pues resulta que véngote observando yo a ti desde hace tiempo y creo que eres un tío simpaticote, vaya, campechano, y entiendo que puedo satisfacer lo que tanto anhelas porque me caes bien.
- Tócate los cojones, ¿y tú cómo sabes lo que tanto anhelo?
- Hombre, es que no hay más que mirar esta habitación, las paredes llenas de tías en bolas, el *Playboy* ahí tirado en el suelo, y joder, que es que los genios lo sabemos todo, si no, no seríamos genios.
- Eso es cierto.
- ¿Verdad, nen? Veo que ya nos vamos entendiendo.
- A ver, ¿y qué es lo que puedes hacer tú por mí?
- Pues yo te puedo conseguir una tía, bueno, mejor dicho, te puedo ayudar para que la consigas.
- No me lo creo, eso no puede ser.
- ¡Que sí, que sí, cabeza de chorlito! Que los genios tenemos poderes y cosas de ésas.
- ¿Y cómo lo vas a hacer?
- Pues muy fácil, yo te diré lo que piensan de ti las tías, porque esa es mi tarea en éste vuestro mundo, decirle a los necesitados lo que piensan de ellos las titis y así ellos actúan según lo que les conviene, ¿me explico?
- Pues ma o meno, como dice mi amigo Sevi. Oye, ¿pero tú haces sólo eso en la vida?
- ¡Y te parece poco! Pues no me cuesta a mí nada estar espiando todo el santo día a las tías para ver si

puedo sacarles la información que me hace falta.

- Es que yo pensaba que los genios se ocupaban más bien de todo lo concerniente a la adivinación y a conceder deseos y tal.

- Huy qué inocente que eres, nen. Aquí cada uno tiene su función, están los típicos genios de predecir el futuro y de conceder deseos, pero también otros como el de los viajes en el tiempo, el de hacer invisible a la gente, el de las tormentas... en fin.

- Y tú eres el genio de...

- Pues yo soy el genio de decirle a los tíos lo que las tías piensan de ellos, que es una genialidad de bastante responsabilidad, ¿eh?

- Sí sí, te creo, te creo.

- Pero te advierto que esto tiene un precio, no te vayas a pensar. Que yo no soy un genio de esos ageli-pollaos que conceden los deseos y hala, si te he visto no me acuerdo, y uno se queda con un palmo de narices. Nanay, nanay, de eso nada, monada, que no somos tontos.

- ¿Y cuál será el pago, si se puede saber?

- Tranquilo nen, no me seas polvorilla, todo a su tiempo, del pago hablaremos en otra ocasión.

- Pero es que yo tengo que saber si me interesa o no.

- Que no, Óscar, que es que ahora no te lo puedo decir.

- ¿Pues sabes qué, genio? Que acepto, que no tengo miedo. A vivir, que son dos días y después ya me las arreglaré, carpe diem.

- ¡Ooole! Pues claro que sí, éste es mi Óscar, un tío valiente e ilustrado.

- Uno que es así.

- Pues venga, vamos a ello, como el movimiento se demuestra andando te voy a decir la primera tía a la que le haces tilín.

- ¡Huy, qué nervios! ¿Quién será, quién será?
- ¿Estás preparado?
- Sí sí, venga, suéltalo.
- Anabel, la Piernaslargas.
- ¡Cómo! ¡Anabel, la Piernaslargas!
- Que sí, que sí, Anabel, la Piernaslargas, joder, ¿es que hablo en castúo o qué?
- Pero si ésa no se ha dado cuenta ni de que existo.
- Que sí, hombre, que ésa está por ti, lo que pasa es que es muy disimulada, pero hazme caso, ve a por ella y vive Dios que es tuya, tío.
- ¿Y Marta, la Misiles? ¿No estaría ésa también por mí? ¡Fuah! Ésa sí que es una tía jamona como Dios manda, pues no está buena la tía ni nada.
- ¡Pero tú qué te crees, chaval! ¡Tú alucinas! A ésa le das asco!
- Jo.
- Nada, nada, Anabel, la Piernaslargas, que también está buenorra, hasta a mí me pone.
- ¿Pero cómo que te pone? ¿Vosotros los genios no sois asexuados?
- ¿Eh?
- ¿Que si los genios no sois asexuados?
- ¿Y eso qué es?
- Que si no pasáis de esas cosas tan mundanas como querer tener relaciones y tal.
- Pero qué dices, capullín. A nosotros nos ponen las tías también, bueno, más bien las genias, pero hay alguna que otra humana que ya me gustaría a mí pillarla, ya.
- Bueno, vale, pues Anabel, la Piernaslargas. ¿Y ahora esto cómo funciona? ¿Qué tengo que hacer?
- Pues no hay nada más fácil. ¿Cuándo la vas a volver a ver?
- ¿A quién?

- A Anabel, la Piernaslargas.
- Pues supongo que mañana en la Uni, la veo cada lunes, va a mi clase de Literatura del Barroco.
- Pues tú te le acercas y le dices cualquier cosa, lo normal. Pero tío, ¿es que te tengo que enseñar a ligar también?
- No, pero es que esto es algo nuevo y no sé cómo hacerlo.
- ¿Pues cómo quieres hacerlo? Pues como siempre se hacen estas cosas del ligoteo. Yo ya te he dicho a quién le gustas, ahora el resto te lo tienes que currar tú.
- Es que, ¿sabes, genio? Yo nunca he sido mucho de tomar la iniciativa, yo me he esperado siempre que ellas se decidieran a venir a mí.
- A ver, ¿con cuántas tías has estado?
- Huy, déjame pensar. ¿Cuentan las de parvulitos?
- A que te meto una hostia. ¡Cómo van a contar las de parvulitos!
- Bueno, es que en parvulitos me besaba con una niña de mi clase, Magdalena Pozuelo, se llamaba. Nos escondíamos en los huecos que dejaban las puertas abiertas y allí nos besábamos, con lengua y todo, ¿eh? No te pienses.
- Que no, tío, que las de parvulitos no cuentan, ni con lengua ni sin lengua.
- Pues a ver... déjame contar... eeeeeh... creo que sólo con una, Eva, con la que corté hace dos años.
- Ay ay ay, qué pardillo me has salido, nen. En fin, veo que esto va a ser más complicado de lo que pensaba. A ver, te explico un poco. Pues primero te le acercas, le hablas, le dices que si quiere ir a tomar algo contigo o al cine y pimpam, pimpam, lo que se hace en estos casos, vamos. Y después ya verás tú lo que sale, ahí ya no te puedo ayudar yo.
- Pero tú estás seguro de que le molo, ¿no?

- Joder, nen, tócate los huevos, que soy un genio, macho, que si te lo digo es porque estoy seguro.
 - Bueno, bueno. ¿Y cuándo nos volvemos a ver?
 - Pues cuando quedéis otra vez. Tú puedes verla cuantas veces quieras.
 - No, genio, digo que cuándo nos volvemos a ver tú y yo otra vez.
 - ¡Aaaaaah! Pues explícate, tío. No te preocupes por eso, yo ya me haré notar.
 - Jo, qué misterioso eres. Oye, ¿y lo que tengo que pagarte? ¿No me lo podrías decir ya? Es que igual empiezo a acojonarme un poquillo, ¿eh?
 - Que no, tío, que no. Que ya lo verás. Tú disfruta ahora y ya tendrás tiempo de preocuparte después. Hala, me voy ya, que tengo sueño.
 - Pues vale. Adiós genio.
 - Adiós hijo.
- Y salió por la misma puerta por la que había entrado.

2

Óscar se despertó al día siguiente con la cabeza como un bombo por haber dormido poco y con la boca pastosa por haber soñado con tías jamonas durante toda la noche.

Pegó unos cuantos chasquidos con la lengua, se levantó, pisó el *Playboy* que estaba tirado a los pies de la cama, "mier, ya lo he roto", se tomó la pastilla para las tiroides, el desayuno, en fin, todo como de costumbre.

A las ocho menos cuarto salió de su casa hacia la parada de autobuses del Barri Font para esperar la Hispano Igualadina que lo llevaba de Esparreguera, su pueblo, a Barcelona, donde estudiaba Filología Hispánica en la Universidad Central.

La subida de la Calle Gorgonzana, donde vivía, se le hacía más costosa cuando tenía sueño, y como esa noche había dormido poco y mal, le dolían las piernas. Cuando llegó a la zona del Castillo, en la parte alta de la calle, estaba casi sin resuello.

- Joder, con veinte años que tengo y ya me cuesta subir esta pendiente, no te digo nada con ochenta – se dijo a sí mismo.

¡Ay, qué inocente que es Óscar! Da por supuesto que va a vivir siempre en la Calle Gorgonzana, con la de vueltas que da la vida. Y que va a llegar hasta los ochenta años, cuando la vida no es más que una tómbola.

En fin, seguimos. Atravesó la explanada del Castillo y bajó por el caminillo que va hacia la Calle Barcelona. En esta misma calle se encontró a una chica morena, delgada y muy guapa.

- Hey, Yolanda, ¿qué tal?
- ¿Eh?
- Que qué tal.
- Pues mira, bien.